

LOS FRUTOS DEL ESFUERZO

Guasca es un pequeño municipio de Cundinamarca, ubicado a 50 kilómetros al nordeste de la capital del país, que brinda hogar a 14.759 personas incluyéndome. Cuenta con un maravilloso antepasado histórico, sus lindos paisajes, las montañas que lo rodean y sus misteriosos secretos que lo hace un municipio interesante.

Realicé mis estudios secundarios en la Institución Educativa Departamental Domingo Savio, donde conocí personas maravillosas que marcaron mi vida. Sin duda alguna la época de colegio es una de las mejores y de las más importantes en la vida de un adolescente, pues es allí donde se adquieren las bases de la formación personal y social.

Aún recuerdo ese primer día de colegio, sinceramente no fue emocionante para mí, sentía miedo y no me gustaba la idea de tener que madrugar, pero mi inocencia no me permitió percibir el gran paso que daba al iniciar ese día una linda historia de aventuras extraordinarias.

Con el pasar de los años las amistades se fueron haciendo más fuertes, los profesores pronto se convirtieron en mis confidentes y el colegio en mi segundo hogar. Cada experiencia y persona que llegaba a mi vida hizo un pequeño aporte en mi proceso de madurez y enriquecimiento personal. A pesar de que las dificultades y obstáculos se hacían cada vez más grandes mis inmensas ganas de ser feliz y conquistar mis sueños, me ayudaron a derrotar todo lo que se cruzó en mi camino.

Los días pasaron tan rápido que cuando me percaté faltaba poco para poner punto final a un capítulo más en mi vida. Los últimos días desafortunadamente no fueron como esperaba, por razones de estrés discutí con varios amigos, lo cual afectó mucho las relaciones interpersonales.

Pero a pesar de las circunstancias llego el anhelado día, reconozco que estaba demasiado triste pues no era el final que quería para mi historia, pero mi familia fue el motivo para ese día sonreír y levantar mi rostro ante las dificultades. Me lleve muchas sorpresas, como la entrega de la insignia que me confería como Mejor Bachiller y mientras entre lágrimas de felicidad mi director de curso me la entregaba, mire hacia la multitud y clave la mirada en mis padres, quienes aplaudían orgullosos de mi gran logro. Pero eso no fue todo, más tarde, en la entrega de regalos, mi nombre de nuevo se escuchó, pero esta vez para darme un pequeño sobre que contenía la grata sorpresa de que mis padres habían querido regalarme un viaje a San Andrés, cuando corrí a abrazarlos pensé que ellos son los únicos que jamás me fallarán y me acompañarán hasta el final. Después de una pequeña conversación y por consiguiente una reconciliación con mis amigos, me despedí de mi familia dominguista, llevando conmigo tan lindos y maravillosos recuerdos pero dispuesta a iniciar una nueva y mejor historia.

Las siguientes semanas fueron de bastante reflexión, me encontraba confundida, temía que la decisión que tomara no fuera la correcta. Eso no era lo único, era consciente de que en esta nueva etapa vendrían gastos grandes y que para mis padres sería complicado financiarme una carrera. Pero desde un tiempo atrás, había iniciado un proceso con la Fundación Selección Cundinamarca, una organización altruista, sin ánimo de lucro, de carácter privado, que busca

“Estimular el talento y premiar el esfuerzo de los Cundinamarqueses”, y era una de las candidatas para ser becada, lo que representaba para mí una grandiosa oportunidad y una luz de esperanza para progresar y ser alguien en la vida. A pesar de eso, había pensado en otras posibilidades, como presentarme a una universidad pública u optar por una beca con el programa 4 por una opción de vida. Me encontraba preocupada y en espera a una respuesta que definiría gran parte de mi futuro pues aún no tenía nada seguro y pensaba que enfrentarme a la vida real no sería nada fácil y eso me asustaba demasiado.

Aquel 21 de diciembre de 2015, me levanté temprano y mis padres habían tenido que salir de casa por algunos compromisos. Debía arreglar un poco la casa pero por cuestiones de la vida decidí primero abrir mi correo, mis ojos se centraron en aquel mensaje de la Fundación, me invadieron los nervios y la intriga, y antes de iniciar a leer la carta que aseguraría poder cumplir mi sueño, puse todo en manos de Dios. Salté de la alegría tan grande que recorría mi ser al saber que había sido becada y que ellos tenían esperanzas en mí y que lograría mis propósitos. Me encontraba en un estado de shock pues no podía creerlo, de inmediato llame a mi Madre quien de nuevo orgullosa me felicitó y de alegría lloró.

Ahora me encuentro segura, feliz y agradecida con Dios, mis padres y la Fundación Selección Cundinamarca por confiar en mí, dispuesta a dar todo lo que sea necesario para demostrar de lo que soy capaz.

Laura Sofía Pedraza Cortés

2016